



Eduardo Halfon, escritor

“Soy un escritor de fragmentos”

En 2022, Eduardo Halfon visitó Bilbao para participar en el Ja! Festival y presentar *Un hijo cualquiera*. Dos años después publica *Tarántula*, novela que “se inserta en ese libro en marcha que estoy escribiendo, que es parte de una obra mayor formada por obras breves: *El boxeador polaco*, *Monasterio*, *Duelo*, *Canción*... Y es de nuevo una novela sobre la memoria, en esta ocasión a partir de un episodio de mi infancia, ahora más tardía, con trece años, una historia sombría, bastante fuerte, que necesitaba contar. Digamos que *Tarántula* es mi libro más oscuro”.

En él vuelve a aparecer ese otro personaje llamado Eduardo Halfon, “al que no sé si definir como *alter ego*, lo único que sé es que no soy yo. Le presto mi nombre y mi biografía: es guatemalteco, es judío, va por el mundo y, mientras lo hace, escribe sobre lo que va conociendo. Pero tiene una voz y un temperamento distintos a los míos. Él, por ejemplo, dice cosas que me costaría más decir a mí, es más directo en sus opiniones, pero a la vez más inseguro en lo que quiere o lo que busca”.

La mayor parte de sus obras giran en torno a una serie de temas que le definen, “que me persiguen. Las raíces,

la familia o la memoria son importantes para mí, como lo son el judaísmo o el sentimiento guatemalteco. O más concretamente, qué significa ser judío guatemalteco, una pregunta central en *Tarántula*. Digamos que son las dos columnas principales de mi casa”.

Sus padres se vieron obligados a emigrar a Estados Unidos cuando el escritor apenas tenía diez años. Eso le llevó a cuestionar su identidad desde el primer momento. “Siempre he rechazado el judaísmo, al principio tímidamente, luego con más fuerza y decisión, y me he alejado de Guatemala. De hecho, sigo lejos: actualmente vivimos en Berlín. Digamos que son temas de mi obra que rechazo pero que también busco constantemente. Estoy huyendo y buscando al mismo tiempo”.



“La escritura es un oficio misterioso; no se llega a entender nunca”

Apunta el escritor que aunque sus libros comienzan desde momentos muy concretos, muy autobiográficos, íntimos y personales. Al final “nos cuentan otra historia, el drama que sucede en el escenario es ficción aunque el escenario sea biográfico”. Sin embargo, sus dos primeras obras, *Esto no es una pipa* y *Saturno*, incluso una posterior, *El ángel literario*—con la que quedaría finalista del Premio Herralde—, aún no ahondaban en los temas que le han perseguido desde entonces. “Todavía estaba aprendiendo a escribir, buscando una voz que llegaría finalmente en *El boxeador polaco* (2008), novela en la que surge ese personaje, esa forma de contar historias. Pero hay un aprendizaje previo que quedó publicado. Sí creo que las ideas principales, mis temáticas ya estaban ahí, algunos de los cuentos primerizos—*Clases*



“El judaísmo y ser guatemalteco son mis dos grandes temas”



“Comprendo la vida a través de esta quimera que es la literatura”

de hebreo y *Clases de dibujo*, recuperados en 2017 en *Clases de chapín*—contenían las semillas de lo que vendría después”.

Una de las características de Halfon es que sus libros suelen ser breves. “Tiendo a la brevedad: mis historias siempre lo son y están formadas, además, por partes breves. Soy un escritor de fragmentos que luego unifico para que haya la ilusión de un único viaje. Pero también dentro de esos fragmentos las frases que escribo son breves. Soy muy cuidadoso en darte solo lo necesario, no quiero que haya una palabra de más. Creo que se debe a que estudié Ingeniería, soy muy ingeniero, muy eficiente a la hora de escribir, a la hora de editar más bien lo que escribo. Quito ríspio para dejar la esencia. Otra posible razón es el inglés. Crecí en inglés, me formé en inglés y sigue siendo, de alguna manera, mi lengua más fuerte. Porque empecé a leer y escribir en una tradición del cuento norteamericano que tiende a lo mínimo. Una especie de minimalismo del lenguaje”.

Estudió Ingeniería Industrial en la Universidad Estatal de Carolina del Norte, trabajó en la empresa constructora de su padre de vuelta a Guatemala, pero fue la literatura lo que le atrapó. “No fue un cambio de la noche a la mañana, sino un proceso donde fui soltando la vida de ingeniero y acercándome, poco a poco, a los libros. No era lector, pero luego la lectura se convirtió en una obsesión. Y eso me llevó a dar los primeros pasos en la escritura, algo que he intentado narrar en *Un hijo cualquiera* o *Biblioteca bizarra*. Fue una apuesta grande, porque como me dijo una vez un amigo cubano: los escritores se están jugando la vida en todo momento. Comprendo la vida a través de esta quimera que es la literatura. Pero fue accidental y desde luego nada planificado. Tenía treinta años cuando descubrí los libros”.

Considera que la escritura “no aporta nada, no hay una utilidad a la hora de escribir, no conozco mejor el mundo ni me entiendo mejor yo mismo. Y no hay el proceso de transformación que sí existe en la lectura. Como lector encuentro cosas, las entiendo, me veo reflejado en las historias que leo. La escritura es un oficio misterioso que no se termina de entender nunca, lleno de incertidumbre, de resistencia. Porque existe en mí una resistencia de ponerme a escribir que he de vencer a diario”.

Pese a que la mayor parte de sus referencias literarias son en lengua inglesa (Hemingway, Carver, Cheever, Joyce, Poe), su apuesta narrativa fue desde el principio en español. “Tiendo a leer más en inglés, leo más rápido en inglés y pienso mucho en inglés mientras estoy escribiendo, pero las palabras brotan en español. Así empecé y así sigo. Y creo que el motivo es esos primeros diez años que vivimos en Guatemala antes de huir del país en 1981. Fueron años en español. Lo que escribo tiene que ver con mi infancia y, en especial, con ese período de mi vida”.

Álex Oviedo